

Reseña de MALLARMÉ, Stéphane. (2019). *Sonnet en yx / Soneto en ix* (Irene Selser, Ulalume González de León, Tomás Segovia, Noé Jitrik, Ricardo Silva-Santisteban, y Evodio Escalante, Trans.). Ciudad de México: Ediciones El Tucán de Virginia.

En términos absolutos, se puede decir que en todo acto de comunicación verbal hay un remanente inexpresable. Ello parece una desventaja del lenguaje, aunque no necesariamente es así. La literatura y otros sistemas verbales suelen medrar en esta condición de la lengua: la ambigüedad o la oscuridad resultan acicates, no frenos, para el lector o para la audiencia.

El libro que aquí reseño reproduce un texto oscuro y varias de sus traducciones al español. En 1868, el hermético poeta simbolista francés Stéphane Mallarmé (1842-1898) envió en carta a un amigo la primera versión de un soneto “allégorique de lui-même”, para usar las propias palabras del autor, que no parece haberse referido a éste con el nombre “sonnet en -yx”, como se le ha dado en llamar y como se le designa en el título del presente libro. Vale la pena resaltar aquí algunos aspectos del poema. Está construido alrededor de dos únicas rimas: “-yx/-ix/ixe” y “-or/ore”. En este aspecto, la composición recuerda los sonetos de consonantes forzados populares del barroco, por ejemplo, el de Sor Juana que empieza con el verso “Aunque eres Teresilla, tan muchacha”, y que alterna rimas en “-acha”, “-acho” y “-echa”. Debido a la carencia de palabras cuya última sílaba terminara en “-yx” (o “-ix”), Mallarmé introdujo un vocablo que creyó haber inventado pero que significa en griego “concha” o “caracola”: “ptyx”. Dicho “ptyx” es descrito como un “aboli bibelot d’inanité sonore” en el verso seis, casi al final de la primera mitad del soneto. En este sentido, el texto parece presentarse como un puro ejercicio de eufonía. Ello es en realidad engañoso.

Esta composición es uno de los mejores ejemplos de la poética del simbolista francés. La cualidad referencial del texto es inversamente proporcional a su valor evocativo, que es alto. Pero el acto de leerlo no implica solamente un esfuerzo por entender su significado. Existen, por lo menos, otras dos vías de lectura, que no se excluyen mutuamente ni excluyen a la primera: una consiste en dejarse llevar por el poder de sugestión del texto, sin aspirar a saber “qué dice”; la otra, en entender los mecanismos que lo dotan de sugerente oscuridad.

El primer camino parecería hacer innecesaria la traducción. Bastaría saber pronunciar el francés para recorrerlo. Pero el poema no es una composición musical. Mallarmé escogió trabajar con palabras. El poder de su texto no reside puramente en sus aspectos fonético o fonológico; permea todos los demás niveles de la lengua:

morfológico, sintáctico, retórico, prosódico, etcétera. En ese sentido, leer el poema implica ir más allá de su aspecto auditivo, implica interpretarlo, es decir, traducirlo. Finalmente, dada la ambigüedad o hermetismo del texto, es necesario interpretarlo repetidamente, es decir, traducirlo múltiples veces. Dicha tarea no tiene el propósito de encontrar el significado último del objeto, sino de dar voz a diferentes formas de mirarlo, que iluminen a sus lectores.

Este libro, publicado por El Tucán de Virginia, nos da la oportunidad de profundizar en el poema de Mallarmé de esta forma. Presenta, en primer lugar, las dos versiones que el propio autor realizó de su poema; la primera, a la que ya me he referido, y la segunda, publicada en 1887 en *Les Poésies de Stéphane Mallarmé*. En una nota previa, el editor Víctor Manuel Mendiola aclara que, en varios lugares, la segunda versión ha pasado por ser la primera, entre otros, en la traducción que Octavio Paz realizó del texto de Mallarmé en 1968. La aclaración es importante porque la traducción de Paz es una de los principales responsables del interés de los traductores de habla hispana por este soneto francés, y su atención a la segunda versión, que él creyó la primera, puede llevarnos a olvidar ésta en favor de aquélla. La presencia de ambas en este volumen nos permite ya entrar en el ámbito de la pluralidad del texto literario. Vale la pena señalar, no obstante, que la versión última del soneto, que es la que este libro reproduce, fue publicada postumamente en *Les Poésies de Stéphane Mallarmé*, de 1899, y que introduce algunos mínimos cambios de puntuación con respecto a la versión de 1887 (una coma al final del segundo verso, otra entre “miroir” y “encor” en el número doce, y otra más, finalmente, entre “le cadre” y “se fixe” en el penúltimo). Este señalamiento puede parecer innecesario, pero en el caso de un poeta en el que todo parece fatal, acaso no esté de más.

El volumen incluye además no sólo las seis traducciones del soneto mencionadas en la portada (de Irene Selser, Ulalume González de León, Tomás Segovia, Noé Jitrik, Ricardo Silva Santisteban y Evodio Escalante); también incluye, entre las páginas del comentario de Selser sobre su propia traducción, una séptima: la ya mencionada de Octavio Paz. Leer estas traducciones acompañadas de las dos versiones francesas no sólo permite ahondar en el poema de Mallarmé, sino que también da oportunidad de reflexionar sobre la traducción de poesía en general y, en particular, de poesía originalmente medida y rimada.

De acuerdo con lo expuesto en los primeros párrafos de esta reseña, creo que la traducción de un poema como éste debe reproducir sus dificultades, más que esclarecerlas. En ese sentido, ciertas traducciones de este volumen, encabezadas por la de Ulalume González de León, son más exitosas que otras. Hay incluso alguna que parece intentar oscurecerlo más, lo cual es acaso un exceso. Dejo al lector curioso la tarea de encontrarla. No obstante, reconozco, siguiendo a Vermeer, que lo que define una traducción eficaz no es tanto su fidelidad al texto, concepto har- to difícil de describir, especialmente en uno de este tipo, sino que cumpla con los propósitos que se ha planteado. En este sentido, la traducción de Selser, que enca-

beza las demás, es fiel a sus objetivos. En su comentario del poema y de su propia traducción usa a veces verbos asociados con el campo semántico definido por la palabra “aclarar”, lo cual puede resultar paradójico en el caso de un poema de atmósfera nocturna y deliberadamente “oscuro”.

Se pueden mencionar algunos ejemplos de su traducción, que no van en menoscabo de la lectura total de ésta ni de las otras traducciones del soneto. La última palabra del segundo verso del original es “*lampadophore*”, es decir, según la etimología, “portador o portadora de luz”. Selser traduce “sostiene como antorcha” para, como ella misma dice, “clarificar el sentido del vocablo” (57). En este sentido, como he dicho, su traducción concuerda con sus propósitos, aunque la clarificación de la palabra me parece innecesaria para cualquiera que tenga un conocimiento básico de etimologías grecolatinas. Más interesante, en el caso de esta palabra, me parece la disyuntiva, no mencionada por Selser, de traducir la palabra como femenina o masculina. Me inclino a pensar que la palabra debe tener forma femenina en español, pues es posible probar que es adjetivo calificativo de “*Angoisse*” (la “Angustia”). El verbo que conjuga dicho sustantivo, “*soutient*” (“sostiene”), apoya, me parece, esta hipótesis. Jitrick, Silva-Santisteban y Escalante parecen concordar con esta opinión, en la medida en la que traducen “lampadófora”, lo mismo que Selser, de acuerdo con la sintaxis de su traducción (“la Angustia, a medianoche, sostiene como antorcha”). La presencia de “lampadóforo” en Paz, González de León y Segovia es digna de atención y merece ser comentada en un libro de este tipo.

Conviene también decir algo sobre el participio pasado francés “*aboli*” (de “abolir”) en el verso seis del soneto. Dice Selser que, para traducir este verbo, usado también por Mallarmé en su famoso texto *Un coup de dés*, “anular” es la palabra más idónea, dado que, según el diccionario de la Real Academia “abolir” en español “se refiere a la suspensión o derogación de una ley, precepto o costumbre” (43). No obstante, este significado también existe en francés, como podrá comprobar el lector curioso que busque, *sub voce*, en los diccionarios *Robert* o *Larousse* del francés.

En cuanto a la palabra “*ptyx*”, Selser decide traducirla usando “caracola”, al igual que Silva-Santisteban. Otros, en cambio, prefieren “conca”, palabra menos transparente y, acaso, por ello, más acorde con el estilo de Mallarmé. Llama la atención que, de todos los traductores, solamente Segovia escoja tratar de conservar “*ptyx*”, aunque me parece innecesaria e inexplicable la adaptación de la palabra al español en la forma de “*ptyxo*”. Dice Selser que se inclina por “caracola por su musicalidad” (58), pero no estoy seguro de que la traducción de esta palabra deba tener como fundamento la eufonía. En todo caso, “*ptyx*” no es una palabra particularmente musical o, de serlo, lo es en el contexto de las rimas que la acompañan y que, hasta cierto punto, justifican su presencia en el texto de Mallarmé. En este respecto, llama la atención que Selser diga “yo [como Paz] también debí suprimir las rimas a cambio del ritmo y la sonoridad” (44), dado que son esas mismas rimas

las que contribuyen en buena medida a la creación de ambos efectos. Casi todos los traductores, justo es decirlo, se inclinan por realizar traducciones en versos alejandrinos que recuerdan los alejandrinos franceses. La excepción es aquí el trabajo de Jitrick, quien no parece escoger ninguna forma métrica precisa.

En este sentido, y a pesar de las múltiples versiones, es acaso necesaria una traducción del poema de Mallarmé que se imponga la aparentemente titánica labor de construir un soneto que haga uso de rimas que evoquen las del original. Ninguna de las contenidas en este libro, sin embargo, tiene la intención de hacerlo y, como ya he sugerido antes, eso no va en demérito de ellas. Cada una parece manifestar su propia versión de la poética mallarmeana.

Difundir poesía es un acto de generosidad. También lo es traducirla. Ambas labores son estética e intelectualmente estimulantes para quienes tienen el privilegio de beneficiarse de ellas. Los comentarios que he hecho aquí son parte de mi respuesta agradecida al estímulo de este libro; no son pretensiones de corregirle la plana, sino de entrar en diálogo con él. En este sentido, el libro es de enorme provecho para los estudiosos e interesados de la literatura francesa, de Mallarmé y de sus avatares en español, del soneto, y de la traducción poética. Da pie no sólo al goce inmediato de la lectura, sino al placer añadido que se desprende de la reflexión sobre ella.

Gabriel LINARES  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad Nacional Autónoma de México  
México